

COMEDIA VENATORIA

LUIS DE GÓNGORA Y ARGOTE

COMEDIA VENATORIA

Los que hablan en ella son:

CUPIDO

SILVIO

FLORISCIO

CAMILA

CINTIA

(Sale CUPIDO.)

CUPIDO Aunque en humildes paños escondido
y disfrazado en hábito villano,
si es el mismo que desnudo soy vestido,
aquel dios soy del coro soberano
cuya dorada flecha y llama
ardiente
ha quitado mil veces de la mano
el duro rayo al dios omnipotente,
al fiero Marte la sangrienta espada
y al gran Neptuno el húmido tridente,
y he hecho con mi diestra no
domada
en medio el suyo conocer mi fuego
al negro Dios de la infernal morada.
¿Qué me extrañáis? Alado soy y ciego,
aunque sin venda, y alas me ha traído
de un noble cazador el justo
ruego,
la humilde voz, el mísero gemido
de un noble cazador, amator noble,
siempre olvidado, nunca arrepentido;
cuya grave pasión y pena doble
ha vencido el desdén y la dureza
del laurel casto y del robusto roble,
y dellos cada cual por su corteza

lágrimas muchas veces ha sudado
de amor el lauro, el roble de terneza.

Por él, y lo que es más, acá he
bajado,
porque sienta su ingrata cazadora
la dulce flecha del arpón dorado
y siga, no tan libre como agora,
la aljaba al hombro, con ligero paso,
del venado la planta voladora;
mas, con semblante de piedad no escaso,
escuche al que le informa en voz doliente
del amor suyo el lacrimoso caso.

Pues no es razón que sola ella se cuente,
con rostro siempre enjuto, las
pasiones
de la amorosa miserable gente,
siendo yo aquel que enclavo corazones
desde do nace el Sol a donde muere
y desde Mediodía a los Tñ ones;
así, pues, cuando aqueste
brazo quiere,
aqueste arco es quien lanza esta saeta,
y esta punta dorada es quien los hiere.

Para dejarla a su pesar sujeta,
quiero esconder este arco y esta aljaba
de este bosque en la parte más
secreta,

que, por la misma mano del que odiaba
(como veréis), ha de quedar hoy hecha
mansa y humilde, de soberbia y brava.

Quédese el arco, quédese la flecha,
 en tanto que yo sigo, disfrazado,
 desde espeso jaral la senda estrecha;
 porque entre los monteros que han
 llegado
 del Príncipe de Tebas este día
 a perseguir el puerco y el venado,
 quiero de esa robusta
 montería
 algún rato gozar desconocido,
 y de su generosa cetrería:
 y al fin dar a entender que soy Cupido,
 aunque en humildes paños escondido.

(*Vase. Salen SILVIO y FLORISCIO.*)

SILVIO

A mil torcidos cuernos dando
 aliento,
 mil ecos cazadores mil entonan,
 y con templados pájaros al viento,
 y a la tierra con perros, no perdonan:
 la raridad del aire en puntas ciento
 halcones solicitan y coronan;
 la nariz baja, canes extranjeros
 calando el monte van con pies ligeros.

La blanca garza, que al romper del día,
 el rojo pie escondido en la laguna,
 las plumas del gentil pecho pulía
 con el purpúreo pico de una en una,
 y el viejo ciervo que a la par vivía
 del bosque, hoy teñirán, sin falta alguna,
 la garza del neblí las garras gruesas,

el ciervo del lebrel las fieras
presas.

Tal es el aparato que ha traído
y de tantos monteros se acompaña,
que ave no abrigará su dulce nido,
ni fiera pisará más la montaña,
de espesas redes bien
apercebido,
para que ciña con manera extraña
del vasto monte el áspero costado,
fuerte muro de cáñamo anudado.

En sola su confusa montería
hay donde un buen oído se
dilata:
el corvo cuerno truena, el halcón pía,
el caballo relincha, el perro late,
el cascabel no olvida su armonía
si se sacude el pájaro o se abate;
así que todo hace un dulce
yerro,
caballo, cascabel, cuerno, halcón, perro...

FLORISCO ¿Viene gallardo el Príncipe?

SILVIO Gallardo
y galán viene, a fe, sobre manera.

FLORISCO ¿Y de qué se vistió?

SILVIO De verde y pardo,
o de mezclilla, que una y otro
era.

FLORISC IO ¿Con qué armas piensa andar?

SILVIO Con solo un
dardo
de firme cuento y de cuchilla fiera,
y un fuerte estoque a su siniestro lado
de un tahelí pendiente dilatado.

Tal se mostró aquel día al
monte armado
el rubio mozo, por su mal valiente,
que manchó con su sangre el verde prado
del jabalí cerdoso el fiero diente;
y tal aquel montero desdichado,
cuya temeridad pobló su frente
de vengativos cuernos, en mal hora
fue visto de la casta cazadora.

FLORISC IO Soberbia caza se nos adereza;

pero dime, ¿de Cintia y de Camila
has merecido hoy ver la gran
belleza
en sus albergues o en el monte?

SILVIO Vila

adonde de aquel risco la dureza,
sobre aquella aunque tosca hermosa pila,
en tres Alpes tres venas se desata
en líquida, en templada, en
dulce plata.

FLORISC IO ¿Y di, estarán allí?

de la sangre que vertía;
 porque, como viste y vi,
siguiéndole su derrota,
aquí dejaba una gota
y otra una legua de allí.

CAMILA Bien corrió el ciervo; mas baste,
Cintia, para encarecer
lo que le vimos correr,
decir que no le alcanzaste
 tú, que en correr y saltar
tienes ligereza tanta,
que sin mojarte la planta
puedes correr sobre el mar,
 y, aunque agora te fatigas,
correr y echar mil traveses
sobre levantadas mieses
sin inclinar sus espigas.

 Y así, pues que te cansó
muy mucho como el corcillo,
mucho hice yo en herillo,
mucho la flecha voló.

FLORIS
IO Por bien graciosa manera

se alaban ellas agora,
la una de cazadora,
y la otra de ligera.

SILVIO Aguardemos hasta ver
si tienen, en tal lugar,
Camila más que tirar
y Cintia más que correr.

CAMILA Pero, Cintia, si se nota,
bien salimos, por mi vida,
tú con la aljaba perdida
y yo con la cuerda rota.

CINTIA La aljaba se me ha perdido.

CAMILA Así lo puedes creer,
si no se quedó al correr
tras el corcillo herido.

CINTIA No sé cómo la perdí,
ni aun entiendo de qué suerte
rompiste tú una tan fuerte
cuerda de un tirón.

CAMILA Yo sí;
con tal fuerza y tan de veras
el arco quise flechar
por herillo, que juntar
hice las dos empulgueras:
él la flecha despidió,
y, queriendo abrirse cuanto
lo junté, como fue tanto,
la cuerda no lo sufrió.

CINTIA Tras de una f era muy brava
yo no sé qué más se pierda
que, por herillo, una cuerda
y, por seguillo, una aljaba.

A buscallo quiero ir yo.

CAMILA Muy buena estaría la ida:
tú serías la perdida
en ir, y el aljaba no.

SILVIO Salgamos a consolalla,

que amor acá me remuerde.

FLORISC
IO Aguarda.

CAMILA Aun lo que se pierde
 en lo llano, no se halla;
 cuanto más lo que perdiste
 entre matas tan espesas.

CINTIA Muestras de alegre son esas.

CAMILA Y aun esas muestras de triste.

CINTIA No hay negallo, triste estoy.

CAMILA Pues, porque no lo estés más,
 ten de ese hilo, y verás
 cuán grande maestra soy
 de torcer cuerdas. Ea, ten.

CINTIA No me detengas.

CAMILA Ea, acaba.

CINTIA Bien hallaré yo mi aljaba
 desta suerte.

CAMILA Tuerce bien.
 (*Salen SILVIO y FLORISCIO.*)

SILVIO ¡Mi Cintia!

FLORISC
IO ¡Camila bella!

CAMILA Ay, ¿qué nos ha salteado?

SILVIO Quien escondido ha escuchado
 de cada cual la querella.

CINTIA ¿Y della, que habéis sentido,
 o al menos de mi cuidado?

SILVIO Siento de él, que me ha cobrado
 la aljaba que has hoy perdido.

CINTIA ¿Cómo así?

SILVIO Cintia hermosa,
sirviéndote de esta mía
y de este arco, que algún día
trujo tu mano envidiosa.

CINTIA El don, Silvio, es tan galano,
que en tomarlo anda ya cuerda,
puesto que la aljaba pierda
tal hombro, el arco tal mano.

 Mas no se dirá de mí
que a los dos fui tan cruel,
a ti en desarmarte de él,
a él en quitarlo de ti.

FLORISC
IO Pues sea de aqueste modo:

 que si te da Silvio el suyo,
tú le des el arco tuyo;
ganarás tú, y él, y todo.

CINTIA De esa suerte lo haré,
por tu gusto y mi reposo.

SILVIO ¡O yo mil veces dichoso,
que tal merced alcancé!

CAMILA No sé, Cintia, qué te diga;
gana tenías de trocar.

CINTIA Tú no sabes qué es buscar
en el monte con fatiga
 y el trabajo que andar es
por esa espesura brava,
donde hallara la aljaba
y me dejara los pies.

Esto aun es cuando se halla:
mira tú si hiciera mal
en trocar por un don tal
el trabajo de buscalla.

SILVIO Por solo que no te arguya
Camila más de pecado,
ora de fuerza o de grado
le has de hacer trocar la suya
y el arco, aunque esté
rompido,
con Floriscio.

FLORISCIO Haz que quiera,
IO Cintia, de cualquier manera.
¿Trocarás si te lo pido,
Camila?

CAMILA No, en buena fe.

FLORISCIO ¿El porqué no me dirás?
IO

CAMILA Floriscio, no sepas mas
de que es mi gusto el porqué.
Pero tú dime qué ganas
en ello, que así porfías.

FLORISCIO Tener yo cosa en las mías
IO de tus manos soberanas,
y armas que del corazón
con la sangre yo bañé.

CAMILA Floriscio, grande es tu fe;
trueca, mas con condición

que me digas si ha llegado
el Príncipe, que deseo
saber ya nuevas de él.

SILVIO Creo
que ya en la montaña ha entrado.

FLORISCO ¡Oh arco de mi consuelo,
IO do se pusieron mil veces
tales manos: bien mereces
ser llamado arco del cielo,
pues el mismo efecto tienes,
causando en nuestros amores
serenidad de favores
tras tempestad de desdenes!

CINTIA Floriscio, déjate de eso,
que nadie te ha de querer,
y lo que puedes hacer
en pago del buen suceso,
es llevarte a Silvio luego,
y ambos dejarnos aquí
a tu Camila y a mí.

SILVIO Hágase de Cintia el ruego,
aunque por ello perdamos
su dulce conversación.

FLORISCO Acá dejo el corazón;
IO pero voyme.

CAMILA Presto.

SILVIO Vamos.

(Vanse y quedan las dos solas.)

CINTIA A trueco de verlos idos,
 como soy la que interesa,
 sé decir que no me pesa
 que vayan favorecidos.

CAMILA Allá vayan, y tú ahora
 me cuenta, porque es extraño,
 de Daliso el dulce engaño
 con su ingrata cazadora.

CINTIA Ayer te lo comencé
 a contar y hice pausa,
 no me acuerdo por qué causa;
 óyelo, que es bueno a fe:

 de un lantisco, cuyas hojas
 sombra daban, y sus ramos
 ganchos de donde colgamos
 los arcos, las cuerdas flojas,
 al verde pie recostadas,
 que alivio y sombra nos dio,
 estábamos Clori y yo
 calurosas y cansadas,

 y adormecidas después
 al son de un lento arroyuelo,
 que bañaba el verde suelo
 y a las dos casi los pies.

 Una solícita abeja,
 sin tener en mi mancilla,
 maltratada en la mejilla
 y dolorosa me deja.

 Diome, aunque breve, el tormento
 tan terrible la picada,

que, a mis quejas alterada,
Clori despertó al momento
y con gana de burlar
me dijo: «No estés quejosa,
que teniéndote por rosa
muy bien te pudo picar;
porque tal estás agora,
que la abeja te juzgó
por rosa que se cayó
del rojo seno a la Aurora;
y aun la más fresca de aquéllas
de que ella ciñe su frente,
cuando vierte desde Oriente
bello aljófara, perlas bellas;
y así, perdónale el daño,
pues las dos ganáis de un arte:
ella dulzura en picarte
y tú alabanza en su engaño.

Pero si te da tal pena
la picada, bien sé yo
palabras que me enseñó
la gran mágica Filena:
que mordiendo la picada
tres veces, y dichas quedo,
hacerte con ellas puedo
que el dolor sea poco o nada».